

ras civiles. El Apóstol, juzgando que convenía á los ministros evangélicos pedir satisfacción de una injuria que los infamaba, exigió que los magistrados viniesen en persona á desagraviar en algun modo su ministerio envilecido y á ponerles en libertad con honor. Al punto que supieron que era ciudadano romano temieron que la queja llegase al Senado; y mucho mas porque este tenia ordenado que en todas las causas se justificasen plenamente los delitos antes de proceder al castigo. Los magistrados de Filipos, conociendo el abuso que habian cometido, se sujetaron á hacer lo que San Pablo quería, y vinieron á pedir modestamente á los prisioneros que aceptasen la libertad y olvidasen lo pasado, atribuyéndolo á la conmocion popular, cuyas consecuencias se habian temido acaso demasiado. Suplicáronles al mismo tiempo se ausentasen de la ciudad cuanto antes, para estorbar que el populacho, difícil de contener, volviese á levantar otra nueva sedicion. Pablo y sus compañeros, sin mostrar cobardía ni darse prisa, para que su salida no pareciese un destierro, fueron á visitar á la piadosa Lidia su huésped, y animando con sus exhortaciones á todos los demas fieles tomaron el camino de Anfipolis y Apolonia, y llegaron á Tesalónica, capital de toda la provincia de Macedonia.

Habia en esta ciudad una Sinagoga, y San Pablo acudió á ella segun su costumbre: convirtiéronse algunos israelitas y mucho mayor número de gentiles que á su ejemplo adoraban al verdadero Dios. No podian mirar con tranquilidad estas conversiones los judíos obstinados, y con sus ardidés obligaron al Apóstol á retirarse á Berea, y aun en esta ciudad le persiguieron tambien; mas como el odio era personal, partió solo para Atenas, mandando á Silas y Timoteo que despues fuesen á reunirsele.

Esta ciudad, en otro tiempo tan poderosa

y la principal de Grecia, solo conservaba de su antiguo esplendor la cultura de algunas artes liberales con el prurito de argüir. Atenas era el centro de la curiosidad y de las disputas, especialmente sobre materias filosóficas y opiniones extraordinarias. Los naturales del pais y los forasteros, que eran en tanto número como los ciudadanos, no conocian otra ocupacion que la de contar y oír novedades. Pueden adivinarse con facilidad cuantos obstáculos hallaria el Apóstol para sus fines, en unos espíritus tan frivolos, que llevaban al extremo las observancias y especulaciones idolátricas; mas sin embargo procuró sacar partido de estas mismas disposiciones tan opuestas al Evangelio. Habia principiado ya sus discusiones con las dos sectas dominantes de estoicos y epicúreos (1), que admirados de la novedad de las cosas que predicaba el Apóstol, y especialmente de la Encarnacion del Verbo Eterno y la resurreccion de los cuerpos, le llevaron al Areopago, que era el tribunal donde se juzgaban las causas de mayor importancia, para que allí esplicase con mas estension su doctrina.

Presentóse el Apóstol en aquella asamblea que era tenida por oráculo de toda la Grecia, y habló en estos términos: "Atenienses, desde que estoy en esta ciudad he observado que os aventajais á todos los demás pueblos por vuestra aficion á todo género de cultos. Notando, aunque de paso, los diferentes objetos de vuestra veneracion, he leído en un altar la inscripcion que dice: *Ignoto Deo, al Dios desconocido*. Ahora pues, lo que vosotros adorais sin conocerlo, es lo que yo vengo á anunciaros; esto es, al Criador del cielo y de la tierra y de todas las cosas que uno y otra contienen, el cual siendo Señor de este vasto universo ha dejado impresas en todas partes las señales de su grande-

(1) Act. Apost. 16.

za, sin encerrarse en los templos hechos por mano de los hombres. Nuestras adoraciones y nuestros servicios no los exige porque necesite de ellos, pues ha dado la vida y el ser á todo lo que respira. Crió al género humano haciéndole salir de un solo hombre, á quien formó con sus propias manos, y distribuyó las familias y naciones por toda la superficie de la tierra, para que por la contemplacion de sus obras llegasen á conocerle y acercarse á él; no porque esté lejos de nosotros, pues en su mismo seno, en su inmensidad incomprendible se encuentran todos los seres, y en él vivimos, nos movemos y existimos; segun aquellas palabras de uno de vuestros poetas: «Somos hijos de Dios y venimos de su linaje.» Siendo, pues, como somos, hijos de Dios y obra de sus manos, nos apartariamos de los principios de la razon que él nos ha dado y degenerariamos indignamente de la nobleza de nuestro origen si adorásemos á unas figuras de piedra y metal y concediésemos la divinidad á las obras de los mortales. Mas el Todopoderoso, no queriendo ya sufrir estos monstruosos errores, ni la horrenda corrupcion en que encenagan á los hombres, les anuncia hoy que se dispongan para el dia fatal, en que nos ha de juzgar con terrible severidad. Este término se acerca, y ha revestido de su autoridad á un personage tanto mas digno de nuestra fé y de nuestra veneracion, cuanto que, despues de haber padecido muerte por nuestra salvacion, ha resucitado del sepulcro, como os lo afirmamos con otros muchos testigos irrecusables.

Aquellos hombres vanidosos, cuyos vicios y errores combatia el Apóstol con tanta solidez y urbanidad, no chistaron palabra hasta que oyeron hablar de la resurreccion de un muerto; pero al primer anuncio de un dogma tan sorprendente para una ciudad donde la doctrina de Epicuro estaba en el mas alto crédito, el mayor número abandonó al

orador mofándose de su doctrina; pero otros mas moderados le dijeron que bastaba por aquel dia, y que volverian á verle en otra ocasion. De este modo trató al mas elocuente de todos los Apóstoles aquella asamblea presuntuosa, de la cual, sin embargo, no dejó Dios de atraer á sí algunas almas privilegiadas, entre otras la de Dionisio, uno de los jueces del Areopago, y la de una muger llamada Dámaris. Este Dionisio, diferente del que anunció el Evangelio en las Galias, fué despues obispo de Atenas, donde coronó sus trabajos con el martirio. Por espacio de muchos siglos se le han atribuido varias obras que evidentemente fueron compuestas mucho tiempo despues de su muerte, como lo demuestran las fechas de las cosas mismas de que tratan.

San Pablo se dirigió en derechura á Corinto, ciudad la mas opulenta de la Grecia, despues de la decadencia de Atenas y Lacedemonia. Su situacion entre dos mares, con un buen puerto en cada uno, atraia á ella una multitud de estrangeros, y con las riquezas abundaban allí todas las delicias de la vida. Detúvose el Doctor de las naciones diez y ocho meses en esta ciudad (1), no habiendo permanecido tanto en otra parte desde su salida de Antioquia. Se aposentó en casa del judío Aquila, recién llegado de Roma, de donde por orden del emperador Claudio habia sido espulsado con su muger Priscila y todos los de su nacion. Hallóle bien dispuesto para abrazar el cristianismo, y le acabó de instruir. Trabajaba el Apóstol con su huésped en hacer tiendas de cuero para el uso de los soldados, á fin de ocurrir á sus necesidades sin ser gravoso á nadie y conservar la noble libertad de su ministerio.

Acudia puntualmente á la Sinagoga los dias de sábado para anunciar á Jesucristo á

(1) Act. Apost. 17.

los judíos y más aun á los gentiles, que parecían mucho más dóciles. Permanecieron tranquilos los judíos de Corinto hasta que la multitud de conversiones despertó sus celos; y en vez de emplear, como el Apóstol, razones convincentes y testimonios de la Escritura, no oponían en su favor más que injurias groseras y blasfemias horribles. San Pablo temió se escandalizasen de ello los gentiles, y manifestando altamente su indignación, dijo á los blasfemos, sacudiendo contra ellos sus vestidos: "á vosotros solos se atribuirá la pérdida de vuestras almas; yo estoy inocente de vuestra reprobación y de vuestra eterna desgracia; y ya que mi ministerio no sirve sino para hacer os más inescusables, desde este momento me dirigiré á los gentiles." Dejó efectivamente la habitación de Aquila porque este era judío de nacimiento, y al salir de la Sinagoga se entró en la casa cercana de un gentil llamado Tito (diferente de su discípulo del mismo nombre), que ya era cristiano en su corazón. San Pablo, sin embargo, convirtió en Corinto á varios judíos y entre ellos á uno de los principales de la Sinagoga, llamado Crispo, con toda su familia. Bautizóle por su propia mano; pero como se consagraba particularmente á la predicación, hizo que sus discípulos administrasen el bautismo á los demás y á una multitud de gentiles que cada día se declaraban cristianos. Ni la obstinación de los judíos, ni sus pérfidos designios, que solo esperaban ocasión oportuna para ponerlos en práctica, fueron bastantes para que el Apóstol abreviase el tiempo de su permanencia, porque el Señor le había revelado que en Corinto había muchos escogidos. Aprovechó sus ratos de descanso para escribir á los tesalonicenses, á quienes había convertido por sí mismo ó por sus discípulos, y no los había podido visitar desde que

formaban iglesia, que era una de las más florecientes, aunque el Apóstol permaneció en ella corto tiempo. Timoteo y Silas le llevaron noticias de aquellos fieles, y con este motivo les mostró en su primera carta la alegría que le causaba el fervor de su fé. Mas como despues llegó á saber que se interpretaba de un modo desagradable lo que solo les había escrito para su consuelo, los desengaño y animó en su segunda carta. Tal es el objeto de las dos Epístolas de San Pablo á los tesalonicenses, que no pueden estracarse sin que pierdan mucho de su mérito. Todo lo que puede hacer un historiador respecto de este género de escritos, es poner á la vista los puntos relativos á su designio, y dar por este medio más luz ó más interés á los hechos para que sean más instructivos.

Las Epístolas á los tesalonicenses son en el orden de los tiempos (a) las dos primeras que escribió San Pablo, aunque en el nuevo Testamento se colocan segun la dignidad de las ciudades ó de las iglesias á que fueron dirigidas. Distinguiáanse mucho en el ejercicio de la caridad los fieles de Tesalónica, como se nota en estas Epístolas, y este sería el motivo de que el Apóstol les profesase un afecto tan tierno; pero también les patentiza con igual esmero su propio desinterés. Al mismo tiempo que recomienda á sus liberalidades algunos discípulos y pastores, él se gloria de que para las necesidades personales recurre al trabajo de sus manos, al cual los exhorta con su ejemplo. Como los tesalonicenses tenían un natural benigno y un corazón blando y sensible, y se contristaban demasiado por la muerte de sus parientes y amigos, por eso el Apóstol los consuela con la esperanza de la resurrección futura; pero avisándoles que no

(a) Segun la opinión más común fueron escritas estas dos cartas el año 52 de la Era vulgar. (N. del E.)

confiasen en vanas observancias, ni fijasen supersticiosamente el día del Señor, es decir, el del fin del mundo, cuya aprensión vaga comenzaba á apoderarse de las almas débiles. Sobre este punto, y generalmente sobre todos los demás de la creencia cristiana, les da dos reglas que la Iglesia ha seguido en todos tiempos; á saber, la Escritura sagrada y la tradición vocal que suple á la palabra escrita.

Al mismo tiempo que San Pablo escribió sus primeras Epístolas, publicó San Lucas su Evangelio para oponerle á las historias fabulosas que divulgaban ya algunos pseudo-apóstoles.

San Pablo, despues de haber tomado las medidas más oportunas para establecer bajo un pie sólido la iglesia de Corinto, determinó llevar su celo adonde más se necesitaba. Pensaba recorrer la Siria y Palestina para fortalecer en la fé y en las buenas costumbres á las numerosas iglesias que había fundado. Con este objeto se embarcó en el puerto de Cencres (1), inmediato á la ciudad, llevando en su compañía á Priscila y Aquila, el cual se hizo cortar el cabello para cumplir el voto de Nazareno, que había hecho, segun devoción de aquellos tiempos. Dejó á estos dos prosélitos en Éfeso, donde los judíos, más dóciles que en ninguna otra parte, querían detener consigo al Apóstol, y creyendo este que la dilación haría que le deseasen con más ardor, continuó su viaje despues de haberles prometido que volvería, y arribó á Antioquía por el camino de Cesaréa. Habiendo permanecido en ella algunos días, volvió por la Galacia y la Frigia dedicándose en particular á perfeccionar las buenas disposiciones de los galatas, los cuales, segun él mismo dice, le recibieron como á un ángel del Señor.

Durante el viaje del Apóstol vino de

Aleandria á Éfeso un judío llamado Apolo (1), hombre elocuente y muy versado en las Escrituras. Adoraba al Salvador, y su celo se extendía á publicar su nombre, pero no conocía todavía otro bautismo que el de San Juan. Aquila y Priscila le enseñaron algo de lo que habían aprendido de San Pablo, y como determinase pasar á Acaya, le dieron cartas de recomendación para los fieles de Corinto, donde contribuyó mucho á despreocupar á los de su nación.

El Apóstol, despues de haber recorrido el Asia, volvió por fin á Éfeso, donde halló algunos nuevos catecúmenos instruidos por Aquila y muchos más por Apolo (2). Habiales este administrado el bautismo de San Juan, que era el único que conocía; pero el Apóstol, queriendo asegurarse del estado de aquellas almas piadosas y sencillas, les preguntó ¿si habían recibido el Espíritu Santo? y le respondieron: «ni aun sabemos que hay Espíritu Santo.» Infrío de esta respuesta que no habían recibido el sacramento del Bautismo, que se da en nombre de las tres divinas Personas haciéndose expresa mención de ellas, y dispuso que se les administrase. Impúsoles despues por sí mismo las manos para confirmarlos en la fé por medio de un Sacramento cuya administración está reservada á los obispos, y descendió al punto el Espíritu Santo en forma visible sobre aquella pequeña grey compuesta de unas doce personas que fueron dotadas del don de profecía y de lenguas, cuyo prodigio no les admiró en gran manera por la frecuencia con que se repetía en iguales ocasiones.

San Pablo vivió cerca de tres años en Éfeso, desde principios del año 54 hasta el 57. Esta ciudad era la más populosa del

(1) Act. Apost. 16.

B. del C., tomo XVI. —III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

(1) Act. Apost. 18.

(2) Ibid. 19.

Asia, el centro de los negocios civiles y del comercio, y la residencia del tribunal del Procónsul; tenía un puerto muy cómodo y además el famoso templo de Diana, cuya grandeza y pomposas fiestas atraían á los curiosos de todos los países. Predicar á Jesucristo en esta ciudad equivalía á darle á conocer á todo el continente de Asia y á todas las islas. Animado pues de estas grandes miras, el celo del Apóstol iba en aumento de día en día, y por su medio llegó la noticia del Evangelio á todos los asiáticos, judíos y gentiles. Mucho tuvo que sufrir de la violencia de muchas personas, mas crueles para él en ocasiones que las bestias feroces, según él mismo se queja. Los israelitas que siguieron en su incredulidad, añadieron á su furor la hipocresía y la traición; pero al paso que creían las dificultades é importancia de esta empresa, comunicaba el Señor á su siervo con mas liberalidad el don de milagros; pues por su mano y aun sin noticia suya se obraban una multitud increíble de prodigios; de tal suerte, que los lienzos y vestidos que usaba, curaban á los enfermos y ahuyentaban los demonios (1).

De tan extraordinarios favores resultó un incidente que fué muy útil á la doctrina evangélica. Había allí á la sazón unos exorcistas judíos que iban por todas las provincias para libertar á los energúmenos, y pretendían ejercer esta potestad sobre los espíritus malignos en virtud de unas fórmulas de conjuro que atribuían al rey Salomón. Sceva, príncipe de los sacerdotes, ó sea gefe de una de las familias sacerdotales, tenía siete hijos que se vendían por muy hábiles en este ejercicio. Mas como no lograran su intento con las fórmulas que acostumbraban, emplearon el nombre de Jesucristo, á ejemplo de San Pablo, por mas enemigos que fue-

(1) Act. Apost. 19.

sen suyos. El primer demonio á quien conjuraron se resistió á sus exorcismos y á su codicia: "Conozco á Jesus por Hijo de Dios, les dijo el diablo, y no ignoro quién es Pablo su Apóstol; pero vosotros sois unos impostores;" y abalanzándose á ellos el hombre á quien poseía este espíritu tan fuerte como malo, los maltrató sin que pudiesen oponérsele, y escaparon de sus manos cubiertos de heridas y rotos los vestidos.

Adquirió este hecho tanta publicidad en todo Éfeso, y sus habitantes, así judíos como gentiles, quedaron tan poseídos de espanto y veneración, que glorificaron el nombre del Redentor con las mas vivas aclamaciones. Los que abrazaron la fé vinieron en gran número á arrojarse á los pies de los santos ministros, confesando humildemente los desórdenes de toda su vida; lo cual es un ejemplo incontestable de la confesion despues del bautismo.

Era muy frecuente entre los efesios el uso de la mágia, y entre ellos hubo muchos paganos que, entregados al estudio de la astrología y de la mágia, impulsados luego por la gracia llevaron al Apóstol los libros que trataban de aquellas malas artes para quemarlos públicamente: averiguóse el valor de estos libros, y se vió ascendía á cincuenta mil denarios (unos 140,000 reales). Quedó muy consolado el Apóstol á vista de una prueba tan sólida de conversion verdadera, y tan digna de servir de modelo en los siglos futuros.

Mas no tardó en levantarse contra él una furiosa tormenta: un platero, llamado Demetrio (1), fabricaba pequeños templos de plata con la estatua de Diana, de los cuales hacia un asombroso comercio, porque casi todos los extranjeros que venían á las fiestas de la diosa los compraban en

(1) Act. Apost. 19.

señal de su devocion. Demetrio era el que mas despachaba, y tenía ocupados en este trabajo á muchos artistas y á sus familias. Reuniéndolos, pues, á todos un día, les representó que no teniendo ellos otro modo de ganar su vida, iba Pablo á dejarlos morir de hambre si convenía, según sus principios, no solo á los ciudadanos de Éfeso, sino á los habitantes de toda el Asia, que las obras hechas por mano de hombres no podían ser dioses. A los móviles del interés añadió los de la supersticion, unos y otros los mas capaces de conmover á aquellas gentes, y prosiguió diciendo que no solo se trataba de su utilidad sino de la conservacion del templo de la gran diosa tan celebrado en todo el universo, y que estaba próximo á caer con ella en el mayor desprecio. Interrumpieronle todos, y comenzaron á gritar confusamente: «la gran Diana de Éfeso, la gran Diana de Éfeso.» Púsose en movimiento toda la ciudad, corren al teatro, y no pudiendo hallar á Pablo llevaron violentamente á Gayo y Aristarco sus compañeros, macedonios de origen, para que respondiesen por él.

Como la ley de Moisés lo mismo que la de Jesucristo condenaba el culto de los ídolos, temieron los judíos ser acusados juntamente con los cristianos; y por eso uno de ellos, llamado Alejandro, quiso hablar en defensa de su nacion; pero apenas abrió los labios principiaron á gritar con mas fuerza: «¡la gran Diana de Éfeso! ¡Cuán grande es la diosa de los efesios!» Y por espacio de dos horas enteras estuvieron repitiendo esta gritería. San Pablo queria ir á la asamblea, y lo hubiera efectuado menospreciando las amenazas de aquellos furiosos; pero á las instancias de los fieles se juntaron las de algunos señores principales del Asia que amaban al Apóstol y que hallándose allí á la sazón le estorbaron esponerse á una muerte cierta. Entretanto todo lo calmó

de una manera inesperada el que tiene en su mano el corazon de los pueblos y de los grandes; un simple escribano consiguió que le escuchasen, y dijo á los sediciosos que no encontraba el menor delito en aquellos hombres; que Gayo y Aristarco no habian profanado el templo de la diosa, ni cometido impiedad alguna, y que por un temor imaginario, ó por un interés particular de Demetrio se esponian á sufrir todo el rigor de las leyes como perturbadores del orden público con una conducta tan contraria á sus disposiciones. Pareció bien esta advertencia á todos y se calmó la sedicion en el momento en que estaba mas encendida. San Pablo no quiso retardar mas su viaje á Macedonia, y dejó en Éfeso á su discípulo Timoteo, constituyéndole obispo de esta ciudad, si bien otros pretenden que esto fué mas adelante.

En esta ciudad escribió tambien (a) su primera carta á los corintios á quienes habia dejado directores formados por su mano. Apolo que parece haber sido su gefe ú obispo, vino á buscarle á Éfeso y le notició que algunos doctores obstinados en defender la necesidad de las observancias mosáicas, estaban en Corinto causando divisiones y discordias entre los fieles y aun entre los mismos pastores que los gobernaban: que cada uno formaba partido separado con sus discípulos, y que despues de esta especie de cisma, no solo se tenía en poco el nombre de Pablo entre los corintios, sino que la predicacion del Evangelio y sus progresos padecian considerablemente. Confirmáronle estas tristes noticias tres diputados de la iglesia de Corinto (que llegaron al mismo tiempo á consultar al Apóstol sobre diferentes puntos de dogma y de disciplina), ya con su propia atestacion, ya tambien con varias

(a) Hacia el año 56 de Jesucristo probablemente. (N. del E.)